

Bibliografía

GRENIER, Brian, *Jesús el Maestro*, Ed. San Pablo, Madrid 1996, pp. 126 (Original inglés, trad. de Juan Padilla Moreno).

Estudiar y presentar la figura de Jesús como maestro es llamar la atención sobre un aspecto importante, quizá hoy algo olvidado, que es su enseñanza doctrinal. La dimensión narrativa de los evangelios y la aplicación de los métodos narrativos a la exégesis, no deben oscurecer el carácter didáctico de la Buena Nueva anunciada y proclamada por Jesucristo. Por eso, bienvenido un libro como éste de Grenier, que tiene además por destinatarios no los expertos, sino el gran público.

El autor, miembro de la Congregación de los Hermanos Cristianos, cuenta con una vasta experiencia en la enseñanza y está bien capacitado para analizar y exponer la figura de Jesús Maestro que nos presentan los evangelistas. Para ello divide el libro en dos partes: La primera titulada *Jesús el Maestro* presta atención a la persona, al sujeto enseñante. En la segunda el autor se fija más bien en lo que Jesús enseña, en el objeto de la enseñanza.

De manera clara, sencilla y atractiva Grenier explica principalmente cinco puntos de la figura de Jesús Maestro: la constatación de que la gente le reconoce como maestro y los discípulos nos narran la actividad docente de Jesús; la formación «intelectual» de Jesús; los modos de enseñar, las tácticas o metodologías usadas por Jesús en su enseñanza; la reacción de la gente

ante su doctrina; y finalmente la continuación de su mensaje a través de los apóstoles.

En la segunda parte del libro, el autor, teniendo en cuenta las limitaciones de espacio, ha concentrado su estudio sobre todo en los aspectos éticos de la enseñanza de Jesús (enseñanzas sobre las relaciones del hombre con las cosas, con los demás hombres y con Dios), anteponiendo sin embargo dos temas fundamentales de carácter cristológico: La naturaleza e importancia de la misión de Jesús, y el reino o reinado de Dios como marco temático de toda su predicación.

En el prólogo Grenier trata de dar respuesta a dos preguntas importantes de la investigación bíblica actual, sin entrar en el debate, puesto que no es un libro de investigación, sino de divulgación. A la primera pregunta *¿Cómo podemos saber si las palabras que le atribuyen a Jesús los evangelistas las dijo realmente?*, responde en estos términos: «Aunque no tengamos las mismísimas palabras de Jesús, podemos estar seguros, no obstante, de oír la verdadera "voz" de Jesús, que nos habla siempre que la buena noticia es proclamada» (p. 7). La respuesta a la segunda pregunta *A la vista de las diferencias entre los retratos que hacen de Jesús los cuatro evangelios, ¿con cuál nos quedamos?*, la resume con

estas palabras: «Nuestro interés estará en el Jesús de la proclamación apostólica. Debemos leer los evangelios con la misma fe en Jesús(...), que informa cada uno de los versículos de la presentación que hacen los evangelistas de la buena noticia» (p. 8).

En resumen, un buen libro de catequesis bíblica, que ayuda a enriquecer nuestro conocimiento de la persona de Jesús y de su enseñanza.

A. Izquierdo

MALINA, Bruce J., ROHRBAUGH, Richard L., *Los evangelios sinópticos y la cultura mediterránea del siglo I. Comentario desde las ciencias sociales*, Verbo Divino, Estella (Navarra) 1996, pp. 418 (Original inglés, traducción de Víctor Morla Asensio).

Hay libros originales, que responden a las expectativas del lector y le enriquecen sustancialmente; hay otros, que son originales, pero que en cierta forma defraudan al lector, si no en todos, sí en muchos aspectos. Tal es el libro que presento, del cual son autores dos exegetas americanos, dedicados al estudio y enseñanza de los métodos literarios e históricos, con interés en la antropología cultural y en los estudios interculturales, y miembros fundadores del grupo «The Context Group. Project on the Bible in its Cultural Environment» (p. 5).

La originalidad del libro se manifiesta sobre todo en dos aspectos: 1) En hacer un comentario a parte del Nuevo Testamento, o sea, a los Evangelios Sinópticos, desde la perspectiva de las ciencias sociales. No es que sea el estudio de Malina y Rohrbaugh el primero en llevar a cabo un estudio sociológico del Nuevo Testamento (baste recordar los estudios, por ejemplo, de Theissen o de Kee), pero sí es pionero en el intento de un comentario,

perícopa tras perícopa, de los Sinópticos. Este intento en sí es laudable. 2) En el modo de efectuar el comentario: El libro se divide en dos partes. En la primera se antepone el texto de la perícopa que se va a comentar, y luego se hacen breves reflexiones en base a las ciencias sociales, bajo el nombre general de *Notas* (pp. 29-317). En esta primera parte hay innumerables referencias a la segunda parte, titulada *Esce-narios de lectura* (pp. 319-409), una especie de diccionario sociológico del siglo I. d.C., donde se desarrollan numerosos conceptos, con los cuales interpretar en forma apropiada las notas y el conjunto de los evangelios sinópticos. Es en esta segunda parte donde más claramente se perciben los aprioris «ideológicos» de los autores sobre una amplia gama de temas y aspectos de la vida social en el siglo I d. C.

Los autores definen la finalidad de la obra en los siguientes términos: «El libro en su totalidad es un intento de proporcionar al lector una nueva perspectiva del sistema social compartido

por los autores de los evangelios sinópticos y por sus destinatarios originales, que vivieron en el Mediterráneo del siglo I. De ahí que su propósito sea el de facilitar una lectura en consonancia con los contextos culturales iniciales de esos escritos» (p. 24); «penetrar en el sistema social en el que está subsumido el lenguaje del Nuevo Testamento» (p. 25). Este objetivo se basa en una convicción de los autores: «El acto de lectura es, de un modo básico y fundamental, un acto social» (p. 18). El intento en sí es muy prometedor y abre el apetito del lector interesado en profundizar su conocimiento de la Escritura, particularmente de los Evangelios sinópticos. La convicción de los autores se puede compartir con el mismo carácter general e impreciso con que viene formulada.

Los presupuestos histórico-sociológicos de la obra deberá el lector tenerlos muy en cuenta desde el inicio, primeramente porque me parecen científicamente inaceptables y apriorísticos, y segundo, porque siendo tales, penetran y connotan todas y cada una de las páginas del libro. De este modo, todo el contenido del libro queda «deformado» y como trasmutado, no por el método sociológico en sí mismo, sino por los principios apriorísticos con que los autores han aplicado el método. ¿Cuáles son estos principios que al suscrito parecen inaceptables?

1) La diferencia entre historiador y sociólogo. Según los autores, el sociólogo trabaja en un nivel de abstracción alto y el historiador en uno bajo. En consecuencia, el sociólogo capta lo genérico y común; el historiador, lo tí-

pico y único (pp. 12 y 13). La distinción no parece convincente, pues ambos (historiador y sociólogo) deberfan hacer historia, que puede ser política, social, religiosa, cultural, etcétera, de la sociedad mediterránea del siglo I d.C. Por otra parte, no sólo el sociólogo, sino también el historiador, trabajan con alto grado de abstracción, como también los dos tienen que trabajar con documentos y datos concretos, sin los cuales no se podría decir que el historiador o el sociólogo hacen trabajo científico.

2) La distinción entre el ámbito agrario, preindustrial y el ámbito industrial; entre la sociedad agraria y la sociedad industrial. Es evidente que entre la sociedad del siglo I d.C. y la sociedad de los siglos XIX y XX hay enormes diferencias (los autores indican algunas en las páginas 14-15, que admitiría aunque con alguna precisión). Nadie duda tampoco de que los factores sociales influyen notablemente en la concepción de la vida y en la mentalidad de un pueblo o de un continente. Lo que me resulta apriorístico y acientífico es homologar sociológicamente a todos los pueblos del área mediterránea durante cinco mil años de sociedad agraria, como también homologar a los mismos durante los siglos XIX y XX dentro de la sociedad industrial. Una homologación de tal envergadura es histórica y sociológicamente inadmisibles. Ciertamente las sociedades (en plural, no en singular) poseen algunos elementos permanentes, pero igualmente otros muchos efímeros y cambiantes. Incluso los mismos permanentes, manteniéndose

en su identidad, nunca son iguales sino que se transforman.

3) El criterio fundamental de la así llamada sociedad agraria constituye a su vez el apriori fundamental de todo el libro: «A diferencia de la sociedad occidental, orientada hacia la culpa, el valor central de la sociedad mediterránea del siglo I era el binomio honor-vergüenza» (p. 404).

Los autores definen el honor como el «estatus que alguien reclama en la comunidad, junto con el necesario reconocimiento de tal pretensión por parte de los demás» (idem). La vergüenza, por su parte, puede ser negativa (pérdida del honor debido a alguien) o positiva (preocuparse por el propio honor). Este criterio, según los autores, colorea toda la vida y actividad de los hombres y de las mujeres del siglo I d. C. en el área mediterránea; por consiguiente, su vida familiar, social, política, religiosa, cultural, etcétera. No pienso que se haya de poner en duda el influjo del honor y la vergüenza en las sociedades del siglo I d. C.; lo que me resulta apriorístico es la absolutización de ese criterio y su omnipresencia en todos los ámbitos y móviles de la vida y de la sociedad, que después se manifiesta a lo largo de todo el comentario a los evangelios sinópticos.

En cuanto se absolutiza, se convierte en un apriori inaceptable. Al lado de este criterio, habría que añadir otros muchos rasgos que, según los autores de este libro, determinan la sociedad agraria del siglo I d.C., v.g. la personalidad diádica, sociedad de alta contextualización, familia subrogada,

etcétera (véase la última parte del libro, titulado «escenarios de lectura»).

4) El uso de las fuentes místicas y talmúdicas, principalmente aunque no exclusivamente, para delinear la sociedad agraria o preindustrial del área mediterránea en el siglo I d.C. Los autores en esto son consecuentes con su apriori de una sociedad agraria común a muchos siglos, pero quienes no acepten tal apriori no pueden tampoco aceptar el uso acrítico de tales fuentes en el conocimiento «sociológico» del primer siglo cristiano.

Estos presupuestos, inadmisibles en su carácter apriorístico, no dejan de tener consecuencias de cierta importancia en la interpretación del texto, consecuencias no ya de carácter sociológico sino teológico. Por ejemplo, ¿se pueden aplicar el criterio honor-vergüenza y otras categorías apriorísticas del estudio sociológico de Malina y Rohrbaugh a la persona y actividad de Jesús, a los títulos cristológicos, v.g. Hijo de Dios (p. 357-358)? ¿Tienen las genealogías un trasfondo únicamente social como parecen dar a entender los autores (p. 30-31; 226)? A mi entender, el estudio sociológico, llevado a cabo por los autores, no sólo no capta el verdadero sentido y significado del Nuevo Testamento, sino que lo malinterpreta y consiguientemente lo deforma.

En la afirmación anterior entran de lleno las interpretaciones arbitrarias que hacen los autores de muchos textos de los evangelios sinópticos. Indico, a modo de ejemplo, algunas: Sobre el Decálogo: «El propósito de los Diez Mandamientos era evitar el en-

quistamiento de rencillas, que generaban interiormente la aniquilación del grupo» (p. 47); sobre el viajar y el desierto: «Viajar (...) era considerada una conducta desviada, al menos que hubiese razones específicas (fiestas, visitas familiares, negocios). El "desierto" era también un destino desviado, pues estaba fuera del espacio socialmente estructurado del pueblo o la ciudad y era guarida de demonios» (p. 37); comentando a *Lc 2*, 49: «Con su respuesta, Jesús deja a su madre en una situación desairada (ver *Jn 2*, 1-4). Se trata del primer indicio de una ruptura con la familia biológica y de la aparición de un nuevo grupo de parentesco "ficticio" para Jesús. Posteriormente se distancia de María y de las reivindicaciones

típicamente mediterráneas que la maternidad podía tener sobre él (*Lc 11*, 28)» (p. 230).

Una última observación es que los autores hacen de vez en cuando afirmaciones «absolutas» sobre puntos bastante discutidos. Entre otras, las explicaciones que se dan sobre polis (p. 222), el concepto de ricos y pobres (p. 225), las determinaciones sobre la edad en esta época (p. 234), sobre la población en general y la relación entre población urbana y agrícola (p. 255), por no mencionar más que algunas de las muchas que se encuentran en el conjunto del libro.

A. Izquierdo

DE ANDRÉS, Marcelino, *¿Qué esperas para ser feliz?*, Ed. Atenas 1997, Madrid, pp. 150.

Sin duda buscamos la felicidad. En las cosas o en las personas tentamos caminos para lograr respuestas a este reclamo. El libro de Marcelino de Andrés, con un estilo directo y claro, nos propone algunos testimonios de personas que han intentado hallar la felicidad. Unos han logrado encontrarla, para otros ha resultado demasiado esquiva.

El libro comienza con un testimonio de un joven de 21 años, convaleciente en un hospital. Había buscado la felicidad siguiendo caminos que más bien le alejaban de ella. Leyendo las palabras firmadas por ese muchacho, el lector rápidamente percibe la di-

mensión del problema. A partir de este hecho de vida, se construye el esquema del libro.

Dentro de un esquema bien trabajado, comienza el autor por explicarnos qué es la felicidad. Desde el terreno de la teoría, sin abundar demasiado en la fundamentación metafísica sino más bien en la existencia, muestra los pasos lógicos de cualquier proyecto de felicidad: una pregunta inicial, el comienzo de una progresión, la experiencia que se acumula, los pequeños logros conseguidos, etc. También constata el hecho fenomenológico del consentimiento universal de cara a la felicidad. Porque quizá sea éste el

rasgo que más acomuna a los hombres de cualquier raza, época o cultura.

Lo más difícil no se encuentra en descubrir ese anhelo de la vida feliz. La complicación se centra en tentar las vías adecuadas para llegar a ese fin universal. Existen caminos que desvían al hombre del motivo para el que fue colocado en el mundo. Se trata de sendas quizá más atrayentes a simple vista, que exigen menos esfuerzo. El Papa Juan Pablo II le llamaba, en un reciente discurso a los jóvenes, la cultura del sexo, droga y rock and roll. Marcelino de Andrés se sitúa en esta línea para determinar los caminos equivocados.

En un tercer momento, el libro propone alternativas para reconstruir vidas hambrientas de felicidad. El autor rastrea las huellas de jóvenes que

han sentido su vida colmada en este sentido.

El autor pide sus testimonios para descubrir qué motivos aúnan este hallazgo.

A la vista de las aportaciones, concluye que la verdadera felicidad se funda sólo en el amor. Un amor que se dona, que busca la difusión, que no puede lograr la dicha encerrado en su fanal. Un amor que, en definitiva, busca la felicidad más allá de lo temporal y limitado. Por eso propone la amistad con Dios como vía principal de solución. Porque la clave de la vida feliz se encuentra en participar, en la mayor proporción posible, de la infinita felicidad de Dios.

J. L. Hernández

PICCOLO, Iliano, *Pregúntele a Iliano*, Ed. Castillo, Monterrey (México) 1996, pp. 214.

La familia necesita quien responda a sus inquietudes profundas. Con un lenguaje sencillo y claro, Iliano Piccolo recoge las cuestiones planteadas por varios matrimonios y propone respuestas acertadas a cada problema concreto. Los interrogantes se enmarcan en el contexto de la sociedad mexicana, pero se pueden aplicar de igual modo a otros países.

Durante dos años, cientos de parejas han enviado sus cartas a Iliano Piccolo que las ha respondido en el periódico mexicano «El Norte». Como fruto de ese trabajo ha surgido la recopilación

del presente libro. El texto se organiza en varios capítulos que atienden a los problemas fundamentales de la familia: la falta de comunicación, el trabajo y el dinero, la vida social, el alcoholismo, la infidelidad, el divorcio y la separación, la familia inmediata y la familia política y la procreación y adopción.

Cada solución parte de una postura de comprensión de la persona. El autor trata de ponerse en el lugar de quien pregunta para lograr una respuesta útil, adecuada a cada circunstancia. Desde la experiencia de más de 20 años dedi-

cado a la docencia sobre estos temas, el autor penetra en la psicología de la persona que siente con fuerza el mordisco de su problema. Ofrece soluciones prácticas, teniendo en cuenta que quien resuelve los propios problemas es uno mismo, ayudado por los consejos de los demás.

Este libro destaca por su contenido positivo y práctico. Por ello sirve tanto a familias que atraviesan por momentos difíciles como a todas aquellas personas que se dediquen a la consultoría familiar o de pareja.

J. L. Hernández

JUAN PABLO II, *La redención del corazón. Catequesis sobre la pureza cristiana*, Ed. Palabra, Madrid 1996.

José Luis Illanes ofrece una antología de textos de las famosas catequesis de Juan Pablo II sobre la teología del cuerpo. El prólogo ayuda la comprensión de los textos del Santo Padre —ciertamente densos y hay que decirlo, difíciles— también ayuda a descubrir la unidad de los textos. Acertado es el título «La redención del corazón». Si alguna observación se puede hacer es únicamente al subtítulo «catequesis sobre la pureza cristiana», en realidad las catequesis de Juan Pablo II no se restringen al campo de la pureza. Tal vez hubiera sido más exacto señalar como texto clave la insistente frase «Al principio» que une el pasaje del Génesis con el Evangelio

de Mateo. Tiene importancia, pero no tan destacada, la frase «yo os digo que todo el que mira a una mujer deseándola, ya adulteró con ella en su corazón».

Las catequesis de Juan Pablo II expresan con otras palabras las mismas ideas de su primera encíclica *Redemptor hominis* que ciertamente no queda circunscrita a la pureza, sino que diseña el amplio campo de la antropología cristiana.

Hecha cuenta de lo anterior, el trabajo de Illanes es ciertamente de utilidad e interés.

P. Pérez Guajardo

VELASCO, José Ramón, *Nacidos para volar*, Ed. Atenas, Madrid 1997, pp. 175.

Especialmente los jóvenes fijan su mirada en los ídolos. Necesitan parámetros donde confrontar sus vidas y buscan en los héroes cotidianos de los

medios de comunicación el reflejo de las virtudes que desean imitar. Pero no siempre se encuentran a la mano estos ejemplos. Quizá la falta de valores de

nuestro tiempo también se acentúe por la ausencia de modelos que los encarnen. Por eso resulta fundamental proponer ejemplos de personas que, desde nuestra misma realidad, han logrado remontar las adversidades y pueden servir de acicate para nuestra propia superación.

José Ramón Velasco se sitúa en esta línea para rastrear las virtudes que han destacado en 40 personajes históricos. El héroe que hoy nos impresiona o el «supermán» que todos quisiéramos ser necesita tiempo y esfuerzo.

El autor consciente de este reto, con un estilo ágil y fresco, cargado de humor e inteligencia desenfadada, nos baja de su pedestal a los grandes triunfadores de la historia. Por la pasarela de estas páginas desfilan hombres y mujeres de todas las épocas y culturas: Homero, Hipócrates, Julio César, Carlo Magno, Isabel la Católica, santa Teresa de Jesús, Gandhi, etc. De cada

uno de ellos rescata un aspecto positivo, muy original, que pueda resultar iluminador para nuestro tiempo.

También incluye, antes de cada capítulo, una caricatura del personaje en cuestión. Se trata dibujos muy bien logrados que sirven de marco a un estilo cuidadoso, forjado en la escuela de la metáfora y las frases cortas, bien templadas.

El resultado es un conjunto de excelente presentación, muy agradable de leer. Y muy útil; porque, en definitiva, logra su objetivo: llena nuestro corazón de alas.

Por ello resulta inevitable que el lector, al terminar de descubrir el último personaje, se pregunte: «Si ellos pudieron, ¿por qué yo no?».

«Nacidos para volar» nos aproxima al triunfo, sin complejos; divirtiéndonos.

J. L. Hernández

GÓMEZ MANGO DE CARRIQUIRY, Lídice, *El encuentro de lenguas en el Nuevo Mundo*, Ed. Cajas Sur, Córdoba 1995.

Lídice Gómez escribe con facilidad y gracia. Su tono culto y conciliador invita a lectura y la reflexión. Aborda el tema de las lenguas indígenas de América y las variantes del castellano. De interés es su interrogante ¿hubo indianización de la lengua española? y el proceso de maduración de la lengua en el Continente.

De gran valor es el capítulo sexto con interesantes puntualizaciones históricas y atinadas observaciones libres

de tópicos y lacras ideológicas. Lo más admirable del libro es la libertad con que la autora se mueve y la seriedad con que despliega la materia. Quizá su mayor acierto sea demostrar cómo para la lengua española no hay ni metrópolis ni colonias, toda ella es una Patria Grande, una comunidad sin exclusiones, Lídice señala la lengua española como un medio providencial, un vínculo de fraternidad que realiza la solidaridad.

Las ideas de Lídice Gómez encuentran una válida garantía en las mismas páginas de su libro, su lectura es una constante invitación a la cordialidad, libre de diatribas y complejos.

Sus líneas son testimonio del valor humanista y unificador de la lengua española.

P. Pérez Guajardo

MARTÍNEZ, Juan Luis y LEDESMA, Juan Pablo, *Un corazón sin arrugas*, Ed. Atenas, 1997, pp. 175.

José María Javierre se ha encargado de aclararnos en la contraportada la identidad de los autores. Técnica-mente son dos «cuasi curas» que les falta todavía empaparse de teología y santo crisma. Incluso los compara con «otro curilla que fue», nada menos que con José Luis Martín Descalzo.

Con este aval, el lector se introduce en el libro como en terreno familiar, respaldado por la confianza de tan buenas plumas.

El libro recoge 72 artículos de diversa extensión que quieren reflejar distintos aspectos de nuestro vivir cotidiano. Escarban en los acontecimientos para encontrar en ellos semillas de esperanza.

Más que problemas, discursos temáticos o monografías, el libro rezuma optimismo, llena el alma de gusto por la vida. Son pequeñas cápsulas para fortalecer los glóbulos de la ilusión.

El estilo permite una lectura entretenida y atenta. Sin darse cuenta, el lector se va impregnando de esa intención de buen ánimo. En el recorrido se dan cita, con el mismo fin, acontecimientos o personajes dispares.

Desde triunfadores como Mikel Indurain o Arancha Sánchez Vicario hasta un joven a punto de cometer una locura.

Así es la vida que se refleja en estas páginas, semejante a la que nos rodea cada día.

«Un corazón sin arrugas» abre pistas jóvenes sobre la piel arrugada de nuestro viejo planeta.

Vale la pena leer de vez en cuando libros como éste para renovar nuestra esperanza y recargar nuestras baterías de optimismo.

J. L. Hernández

TAMARO, Susanna, *Anima Mundi*, Seix Barral, Barcelona 1997, pp 281 (or. ital.: Baldini & Castoldi, Milano 1997).

En *Donde el corazón te lleve* Susanna Tamaro concluía con una receta para conducirse en la vida: hacer el silencio interior y escuchar la voz más íntima de nuestro corazón. Un corazón que la autora define como «la totalidad más profunda del hombre, la imagen del lugar físico en el que razón y emoción se unen armoniosamente y se funden en Algo más grande. Ese corazón, en resumen, que todas las grandes religiones indican como la esencia más verdadera y profunda del hombre» (*Famiglia Cristiana*, n. 40/1996, p. 170). Definición que podríamos aceptar desde el punto de vista cristiano (cf. *Catecismo* n. 2563), pero con un pequeño cambio, de sólo una letra: en vez de «se funden» preferiríamos decir «se fundan». Entre el hombre y ese Algo más grande, que es un Alguien, Dios, hay una distinción, aunque desde luego, abierta a la unión.

En su nueva novela, *Anima Mundi*, que lleva trazas de repetir el éxito de la anterior, la autora nos muestra a dónde nos puede llevar el corazón si nos tomamos la molestia de escucharlo: al descubrimiento de la Gracia. Pero ¿qué es esta Gracia que la autora se complace en escribir con mayúscula? «Yo creo que la Gracia sea la percepción de la parte divina, de amor, que hay en cada uno de nosotros. Pero hace falta mucha humildad para aceptar la Gracia. La Gracia es la condición más plena de la existencia, una condición de totalidad, de amor, de comprensión» (*FC*, n. 4/1997, p. 61). De nuevo casi de acuerdo, pero

advirtiendo que la Gracia no consiste sólo en la percepción de la parte divina, sino en la parte divina misma, que recibimos, y por lo tanto percibimos, como un don.

Estos presupuestos nos pueden ayudar a descifrar esta novela que la autora presenta como «literatura de reflexión», como «una novela sobre el Mal» (*ibíd.* p. 58). Se trata de una reflexión «postmoderna», que busca una salida al vacío y al cinismo consumista en que ha quedado sumergido el occidente tras la muerte de las grandes utopías de derechas y de izquierdas. No se trata, sin embargo, de una reflexión condicionada por el tiempo; las experiencias y los interrogantes que saca a flote son viejos como el hombre mismo.

La historia son los treinta y tantos años de vida de Walter, un joven nacido, como la autora, en las tierras de confín de Italia con la ex-Yugoslavia. Es el protagonista quien, en forma autobiográfica, va desgranando sus recuerdos: reflexiones, narraciones y descripciones ponen al descubierto su mundo ideológico y emocional. El estilo de Tamaro es ágil, de frases cortas, se diría «azoriniano», muy de agradecer en un escritor de lengua italiana. Es maestra en la descripción emotiva: personajes, paisajes, clima, animales, plantas, luces, sonidos, acciones, palabras, gestos, concurren todos a crear la situación emocional que sensibiliza la reflexión del protagonista. A pesar del esfuerzo por ponerse en los pantalones de un perso-

naje masculino, la autora deja traslucir su habilidad muy femenina de dar significado a los mínimos detalles concretos. Otra habilidad típica de Tamaro es el despliegue de datos culturales de todo tipo, en su mayor parte al alcance del lector medio, no por el simple gusto de erudición, sino en la medida en que de forma directa o metafórica sirven de apoyo a su insaciable reflexión.

Fuego, Tierra, Aire son los títulos de las partes del libro, que corresponden, según la filosofía china, a las tres edades, del hombre: la edad de los ideales, la edad de los desengaños y la edad de la sabiduría, de la visión esencial de las cosas. El fuego de la rebeldía bulle en las entrañas de Walter, un muchacho sensible e inteligente, pero crecido en un hogar afectivamente frío y aplastado por la figura del padre, un ex-partisano comunista, con fama de héroe de la resistencia, que en su casa se comporta como un tirano. El odio al padre, el desprecio por la madre, una sensación incancelable de vacío y de falta de respuestas ante el misterio de la muerte, acompañan el crecimiento del protagonista y lo llevan a buscar refugio primero en la poesía, luego en la droga y el alcohol. Durante una cura de desintoxicación conoce a Andrea, un joven de su edad, que lo fascina con su aparente inteligencia. Andrea odia a los comunistas y tiene la cabeza llena de las ideas nietzschesianas del «superhombre»; está convencido de la superioridad de unos elegidos sobre el resto de los miserables mortales, esa superioridad de quienes son capaces de tocar a la vez las alturas de la belleza y las profundidades del abismo. Walter y Andrea llegan a la conclusión de que su destino es el de las almas supe-

riores. Walter romperá definitivamente con sus padres y se irá a vivir a Roma para triunfar como escritor. Andrea será un hombre de acción, un guerrero.

Roma tira por tierra los sueños de Walter. Conocerá el desengaño profesional y amoroso, se encontrará a merced de personajes frívolos, cínicos, materialistas, carreristas. La muerte, primero de su madre y luego de su padre, le convencerá de que todo ser humano, aun el que más nos ha hecho sufrir, cuando le llega el fin se convierte en un niño indefenso que no merece sino compasión.

Pero será en las montañas nevadas de Eslovenia, azotadas por el viento boreal, donde Walter encontrará la sabiduría. En una carta, Andrea le ruega venga a verlo a un convento donde se ha refugiado para curar las heridas del alma. Walter no llega a tiempo de ayudar a su amigo. De Andrea le queda una larga carta-testamento, una especie de novela dentro de la novela, donde su amigo le cuenta su larga lucha contra el horror hacia la vida que le había transmitido involuntariamente su desdichado padre, víctima y a la vez verdugo en un «gulag» de Tito. Andrea, educado por su madre en una visión fría y racionalista del mundo, había crecido con la convicción de que la entropía era la ley universal, de que en la vida había que elegir necesariamente entre el miedo o el odio, y ello le había llevado a destruir sin piedad. La mirada inocente de algunas de sus víctimas le había desvelado su trágico error.

En el convento Walter encuentra un personaje singular, sor Irene, una anciana monja, la única superviviente de la comunidad que antes lo habitaba. Sor Irene, que había hecho lo posible por salvar a Andrea, y había fracasado

cuando éste había decidido juzgarse y condenarse a sí mismo, comenzará ahora su discreta labor con Walter. Con sus palabras, silencios, gestos, irá poco a poco abriendo a Walter a los valores de la humildad, del perdón, de la compasión, del amor... Sor Irene morirá serenamente, habiendo provocado en el alma de Walter la percepción del Espíritu, como aliento de vida que penetra el universo entero y de la Gracia, como bondad básica que se trasluce en los ojos de un niño pequeño, de un corderillo, de un ciervo, o se manifiesta en un castaño cargado de frutos, en la vida que se obstina en volver a comenzar a pesar de todo. El vacío de Walter desaparecerá en una explosión de vida, reproducción del acto originario de la creación. Así es como provocativamente comienza el libro: «En el principio era el vacío...».

Una conversión, por lo tanto, pero ¿una conversión cristiana? Sor Irene habla de Dios, del temor de Dios, habla de rezar, y de hecho reza. Emplea términos cristianos, cita el Evangelio, pero no siempre aparece con claridad que bajo esos términos haga referencia a los correspondientes conceptos cristianos. Por ejemplo, cuando aborda el interrogante básico: ¿por qué el mal? no se plantea el problema en relación con Dios. Para sor Irene el mal que hay en el mundo es un misterio, y quien trate de dar explicaciones, de hablar de premios y castigos, mente; para ella el mal es lo Irracional (con mayúscula), y lo único que se puede hacer es combatirlo cada uno en lo que le toca. Cada uno es una semilla, y de él depende el fruto que vaya a dar. También dice que un día se nos pedirá cuentas, pero no explica más. En el libro tampoco se plantea el

posible valor redentor del dolor ante los ojos de Dios. Más bien se ponen de relieve los efectos del dolor en relación con el hombre: el dolor nos puede producir miedo y llevar a la agresividad, pero también nos puede quitar la agresividad, hacernos regresar al estado de indefensión-inocencia originario, y suscitar la compasión de unos hacia otros. En cuanto a la muerte, sería el paso a otra forma de existencia, de presencia... se habla también de resurrección, pero todo queda un poco en el aire.

Jesucristo es llamado un par de veces en el libro el Salvador (también con mayúscula), pero no se dice claramente en qué consista la salvación que nos trae. Podemos intuir que es la revelación del amor. ¿Pero cuál es el espesor, la grandeza propia de esta revelación-salvación? En otras palabras: ¿cuál es la Gracia que Cristo nos trae? ¿Es la percepción de la acción natural de Dios lo mismo que la percepción, por la fe, de su acción sobrenatural? ¿es la Gracia la bondad natural que encontramos en todo, o es un nivel todavía superior de participación en la bondad divina, un nivel propio de Dios, otorgado al ser humano por medio de Cristo y su sacrificio de obediencia y amor, para que por medio de Cristo el hombre santifique todas las cosas? Los personajes de Tamaro no se plantean estos interrogantes.

La reflexión de Tamaro, en sus planteamientos recuerda la línea de la sabiduría bíblica, que prepara el terreno para el mensaje cristiano. Viene a la mente la amarga perplejidad de Job: «Yo esperaba la dicha, y llegó la desgracia...»; el hastío de Qoélet: «¡Vanidad de vanidades, todo vanidad! ¿Qué saca el hombre de toda la fatiga

con que se afana bajo el sol?»; y el optimismo final del Libro de la Sabiduría: «No fue Dios quien hizo la muerte ni se recrea en la destrucción de los vivientes»...«El espíritu del Señor llena la tierra y él, que todo lo mantiene unido, tiene la ciencia de todo». Pero en sus conclusiones permanece abierta a interpretaciones diversas. La autora se declara cristiana, pero manifiesta el influjo de las fuentes de tipo oriental y esotérico presentes en otras de sus obras. Su intento posiblemente es el de señalar un camino espiritual aceptable también por los creyentes de otras religiones. El sentimiento de compasión, por ejemplo, es un punto común entre cristianos y budistas. Ciertamente provocará el rechazo por parte de los materialistas y de los nostálgicos de ideologías muertas: la reacción de los críticos italianos pertenecientes al área de la «sinistra» ha sido un claro ejemplo.

En un ambiente literario como el europeo, donde predomina el desencanto o el revolcarse en el fango y en el horror al estilo «pulp fiction», quizá con la nietzschiana esperanza de llegar a dominar el mal a base de conocerlo, no viene mal un libro que muestra sin piedad a dónde lleva la inteligencia soberbia que se nutre sólo de sí misma, e invita a la humildad, a la búsqueda de la inocencia, del amor, del perdón y a la escucha del soplo del Espíritu, aunque no se sepa muy bien ni de dónde viene ni a dónde va, como dice el Evangelio, o aunque se tenga una intuición más que una idea acerca de su identidad, como en la novela.

El camino literario de Tamaro lleva hacia arriba; quizá no nos deje satisfechos hasta dónde llega, pero ciertamente recoge y despierta las fundamentales inquietudes positivas que tantos hombres y mujeres de nuestro tiempo guardan, aunque por lo general dormidas o escondidas.

M. Paz

